

Vuelo de Ícaro

Todo empezó el 31 de diciembre del 2004, que lo pasé con mi abuela frente a la televisión viendo videos viejos de Iron Maiden. Vivo con mi abuela desde hace cuatro años, así que tengo que compartir el único televisor, especialmente en horas de las seis a las diez de la noche. Entonces el 31 veíamos unos dos o tres videos de Maiden –para la Navidad me regalé la colección entera: *Visions of the Beast*– y luego mi abuela se ponía a ver los canales nacionales y su transmisión de las fiestas de fin de año mientras yo me alejaba a fumarme un cigarrillo. Fue en medio de *Fear of the Dark* (la versión del concierto en vivo de Donington) cuando primero se me ocurrió. Nada del otro mundo, sólo la idea de pensar lo tuanis que sería que tuviéramos un concierto así aquí. ¡Es que hay que ver ese video! Un estadio lleno hasta no dar más, un mar de gente, hasta se le paraban los pelos a uno de sentir esa energía, de ver a Bruce Dickinson corriendo por el escenario monstruoso en sus mejores tiempos. Desde ese momento supe que a toda costa tenía que traer a Iron Maiden a Costa Rica.

No siempre viví con mi abuela. Antes vivía con una novia por el lado de San Pedro y, claro, antes de eso con mis tatas. Pero la cosa no funcionó, nos separamos, ella se quedó con el apartamento y yo me vine al otro lado de la ciudad a acompañar a mi abuela, o

como ella les dice a sus amigas: a “poner los pies sobre la tierra”. La verdad es que no me importa mucho vivir con ella. Es más, me sirve porque me ahorro una platica, como bien y tengo ropa limpia. También mi abuela siempre me ha respetado, por lo menos más que mis tatas. Por ahí a veces le da porque la acompañe a la iglesia, pero aparte de eso me deja tranquilo. Cuando me mudé con mi abuela tenía 29 años. No me preocupó mucho cumplir los 30, aunque tengo que admitir que mis años favoritos fueron por ahí del 88 al 94. No es fácil escoger un tiempo de vida específico, pero sí una era musical. Yo metalero siempre he sido y aunque muchos hablan de la decaída del metal en los noventa, hay que preguntarse: ¿cuándo en los noventa? Porque la verdad es que el principio de los noventa fueron años gloriosos.

En esos años salieron tantos discos buenos que no los puedo nombrar todos: Anthrax sale con *State of Euphoria* y *Persistence of Time* en el 88 y 90; Slayer sale con *South of Heaven* y *Seasons in the Abyss* en el 88 y 90; Sepultura saca *Beneath the Remains* y *Arise* en el 89 y 91; Pantera con *Cowboys from Hell* y el clásico *Vulgar Display of Power* en el 90 y 92. Además del auge que hubo en el death metal con grupazos como Cannibal Corpse, Obituary, Deicide, Carcass, Morbid Angel, Brujería y Ángeles del Infierno de México y España. ¿Quién no siente la piel de gallina cuando escucha las guitarras enfurecidas del *Eaten Back to Life* de Cannibal o los solos de Carcass en *Symphonies of Sickness*? ¿Cuándo se va a ver ese calibre de producción musical hoy? Daba gusto ir a las pocas tiendas disqueras de la capital. Recuerdo que entre un grupo de

amigos comprábamos los casetes y hacíamos copias, turnándonos los originales. También cuando teníamos dinero extra nos comprábamos camisetas, parches para las chaquetas y revistas como *Metal Edge*. Uno podía pasar horas escuchando música y leyendo del sinfín de grupos, todos de calidad, todos clásicos. Hasta terminé llevando clases de inglés en el Centro Cultural para aprenderme las letras de las canciones y leer con tranquilidad las revistas.

En aquellos días empecé a tocar guitarra y formé mi primer grupo de metal con unos compas. Nos llamábamos Eutanasia, aunque después creo que cambiamos el nombre a Alambre de Púas o Amanecer Negro, algo así. Yo cantaba, naturalmente, además de tocar la guitarra de ritmo y escribir mucha de la música. Pero en ese entonces el rock nacional apenas estaba en pañales, así que cuando uno tocaba originales en español en algún chinamillo la gente terminaba por aburrirse y aprovechar la ocasión para ir al baño, salir a fumarse un puro o ir a la barra por otra cerveza. Entonces, claro, uno terminaba tocando muchos *covers*. Al principio sólo piezas que nunca fallaban (*Walk* de Pantera, *Master of Puppets* de Metallica, *Seasons in the Abyss* de Slayer, *Troops of Doom* de Sepultura, etc.), pero luego, cuando la música pesada empezó a pegar más en la escena local, a veces nos salíamos un poco del género con digresiones como *War Inside my Head* de Suicidal Tendencies, *Mother* de Danzig y hasta en algún momento tocamos unas de las canciones más pesadas de Faith *No More* y *Tool* (aunque creo que a nuestro público no le hizo mucha gracia).

Nos iba bien. Todos los fines de semana teníamos chivos fijos y los bares en los que tocábamos

terminaban casi siempre llenos. Era bonito porque uno tenía presentaciones aseguradas, y como vivía con los tatas, se ganaba una platica para seguir alimentando el conocimiento musical. También, como casi siempre eran los mismos bares, terminaba uno siendo parte de una comunidad. Ahora las cosas han cambiado mucho, pero en aquel entonces todavía era difícil salirse de ir a bailar la salsita o de simplemente no estar en un bar de pura cumbia o numeritos que me tenían harto, *La ventanita del amor* y *La Bilirrubina* simplemente nunca fueron para mí. Peor aún ese pop gringo asqueroso que inundaba las estaciones de radio, todos esos grupos mediocres y seguros como U2 o Bon Jovi. Además, el principio de los noventa también fue el gran auge de la música *grunge*, un género en verdad aborrecible de hijos de papi frustrados de los suburbios gringos. ¡Qué farsa de música! Nunca puedo olvidar la primera vez que escuché *Smells Like Teen Spirit* de Nirvana en un bar por la universidad. Para un músico como yo era como si le escupieran en la cara. Cero creatividad o complejidad musical, un estúpido *riff* de guitarra para retrasados mentales sin talento. Luego pienso en ello y creo que fue el principio del final. Me acuerdo de que para ese entonces a veces el canal 19, bien tarde en la noche de los sábados, sintonizaba el famoso programa de MTV *Headbanger's Ball*, la mejor y única hora para videos y grupos de metal, eso antes de MTV Latino, claro. Nunca olvidaré la tristeza de ver cómo poco a poco se empezaban a filtrar videos de grupos como Soundgarden o Pearl Jam. Ya para finales de los noventa el programa no existía.

Fue en esos años, más o menos por el 97, cuando el metal iba en decaída, cuando conocí a Alejandra, mi antigua pareja. Ella era de los círculos de la universidad, una marxista frustrada que pasó de la militancia política a una nota un poco *dark*, de ropas negras y demasiado delineador de ojos. Cuando la conocí aún vestía una boina negra con una estrella roja en el centro, además de llevar una camiseta llena de huecos de Pestilence y unos jeans gastados con los obligatorios huecos en las rodillas de la época. Usaba unas Doc Martens casi hasta las rodillas con las que se veía más alta de lo que era y sumamente hermosa. Empezamos a hablar junto a la barra. Le pregunté qué hacía, luego por sus clases en la U, cosas de siempre, ¿qué va a preguntar uno? Yo había dejado la universidad –algo de lo que nunca me he arrepentido mucho–, pero aún conservaba algunos recuerdos de Marx, cosas simples, apenas por encimita, pero suficientes como para defenderme en una conversación a gritos encima de la música de fondo del grupo que nos abría esa noche. Después de hablar me disculpé para subir al escenario, improvisar una prueba de sonido y abrir nuestro set con *Mouth for War* de Pantera. Entre las canciones la vi en el frente, un poco al lado del *mosh pit*, cantando a gritos, sin separar sus ojos de mí. Seguramente todo comenzó ahí, como consecuencia natural de verme sobre el escenario un poco sudado y moviendo la melena larga y lisa que aún conservo. Esa misma noche hicimos el amor cerca de la línea del tren en una parada de buses un poco escondida de la que aún recuerdo el olor a orines viejos, cerveza y sudor amargo.

Al principio la relación fue como de cuento de hadas, sin mucho problema y con noches en las que después de las tocaditas hacíamos el amor hasta el amanecer. Alejandra apenas empezaba la universidad y las presiones estúpidas de lo que luego llegaría a describir como “una vida más seria” aún no turbaban nuestro horizonte. Anduvimos juntos como dos años antes de decidir que queríamos vivir juntos. Para ese entonces, mi tata me tenía loco con eso de que me cortara el pelo y buscara un trabajo, y mi mamá ya se había resignado al hecho de que sus súplicas de que volviera a la escuela no iban a dar resultado. Ellos son de otro tiempo y simplemente nunca han entendido mi música. Cada vez que me compraba una camiseta de algún grupo mi mamá me miraba con espanto. Decía que no eran cosas de muchachos normales, además de que las vecinas le metían agua con esas estupideces del demonio y las sectas satánicas. ¡Con el talento musical que hay que tener para tocar esa música!

En fin, era hora de dejar la casa. Sentía que quería a Alejandra, además de que un alquiler compartido nos ayudaría a los dos. Fue en el 99, porque para ese entonces yo había formado un grupo más serio, con músicos de renombre en la escena metal, más de más peso que querían un futuro, que tenían altos horizontes musicales. De por sí, no se podía seguir tocando *covers* toda la vida. Alquilamos un apartamento feo y mal cuidado cerca de la universidad y creo que fuimos felices. Yo le hablaba de los grupos nuevos que había escuchado y le tocaba las canciones que escribía, mientras ella me ayudaba un poco con mi inglés y me pasaba algunos libros. Me gustaba leer. Había dejado

la escuela porque no me gustaba que me dijeran qué hacer, pero nunca fui mal estudiante. Creo que eso Alejandra lo vio, de cierta manera creo que fue lo que la atrajo a mí. Obviamente se dio cuenta bien rapidito de que de Marx no sabía nada, pero creo que le gustaba que tratara de interesarme en lo que ella aprendía, en lo que me contaba de sus clases, en los libros y autores que me recomendaba.

Y es que yo tenía mucho tiempo libre. En ese entonces mi inglés había mejorado lo suficiente para conseguir un trabajo atendiendo llamadas en un *Sportsbook*. Básicamente era, como decían mis jefes gringos, un *bookie*, o una persona que recibe pedidas de apuestas de Estados Unidos y las cataloga en la computadora. El trabajo pagaba \$4 la hora y a esa edad y sin un título era bastante dinero. Las apuestas podían ser en cualquier deporte (más que todo el basquetbol, el futbol americano y el beisbol), entonces uno tenía que saberse los equipos, las ciudades de las que provenían y más o menos cuándo jugaban. Era fácil, algún gringo llamaba y me pedía \$10,000 en Pittsburgh sobre Denver el domingo, \$500 en los Pistones de Detroit sobre Los Knicks el miércoles, etc. Al principio era divertido, uno conocía un poco a los clientes y a veces hasta recibía llamadas graciosas de maes encerrados en armarios o baños que hablaban en suspiros para que sus esposas no se enteraran de sus apuestas. Pero en general el trabajo era aburrido y uno pasaba muchas horas mirando el reloj y esperando los pocos descansos para ir a darse una vuelta al mall (que quedaba a la par) o fumarse un cigarillo. Entonces empecé a sacarle uso a los libros de Alejandra, a interesarme por ciertos autores y hasta llegar a comprar en las librerías cerca

de la universidad. Eso y, claro, escribir música, o más específicamente, las letras de canciones.

Fueron años fáciles, en los que no se necesitaba pensar en la vida porque la vida se vivía. Aún no puedo creer que todo pasó tan rápido, aunque eso es algo muy cursi de decir. El otro día me topé con Álex, un compa con el que no hablaba hace años; está casado, tiene una hija y terminó consiguiendo un trabajo en Intel. Me sorprendió su felicidad, no hacía más que hablar de la compañía, de lo que piensa hacer en el futuro, de pulsear un aumento de puesto para finales del próximo año. Y eso que el mae está en lo más bajo del escalafón corporativo; creo que arma alguna parte del disco duro, algo minúsculo que ni recuerdo. ¡Feliz el hijueputa, armando estupideces!

—¿Qué pasó con la guitarra? —le pregunté.

—Diay, terminé vendiéndosela a un mae en Cartago —me dijo, como si fuera un gesto así, de lo más natural.

—¿Y él para qué la quería? —pregunté, sin esconder la decepción que seguramente se me dibujaba sobre el rostro.

—Creo que toca en un grupo de música alternativa, no sé muy bien, la verdad. Necesitaba el dinero y en la casa esa guitarra estaba juntando telarañas —respondió, con una pequeña risita que me dieron ganas de apagarle con el puño.

Era una guitarra hermosa, había durado años ajustando dinero para comprarla, una Jackson igualita a la de Dave Mustaine de Megadeth, con esas alas triangulares. Y que me cuente que se la vendió a un mae que la usa en un grupo “alternativo”. Ganas de

vomitara fue lo que me dieron. Esto de un compa que conmigo se burlaba de esos idiotas que salen del colegio y en cuatro años terminan la universidad vestidos ya de camisas cuadriculadas de cuello, celular en faja y las faldas metidas. Maes que estudian ingeniería o administración de empresas, que darían todo por tener un "Meche" o un BMW para algún día pasearse por los bares de la clase alta bajo la ilusión de pertenecer a ese mundo. Y todo para ojalá casarse con alguna sinsabor, una de esas güilas que estudia psicología o comunicación en una universidad privada, que anda de carterita pequeña y que ya para los 20 años es una legítima ama de casa a lo siglo XXI.

¿Alejandra? Alejandra era diferente... aunque no sé... la verdad es que de cierta manera siempre fue una de esas de la carterita. Ahora es abogada y ha cambiado mucho.

Un día me la topé en la calle y casi no la reconocí. Con sólo decirte que trabaja en el bufete del tata. Por supuesto dice que le va muy bien, que está muy ocupada, todo con un aire de creerse muy adulta, de fijo preguntándose qué hacía conmigo. Ella venía de una familia de plata, el tata es un abogado bien famoso, con conexiones políticas, uno de los que les limpia las tortas a los "líderes del país". Un gran patriota, ¿me entendés? Hablamos un rato pero se notaba que estaba incómoda, como si se hubiera encontrado con un fantasma que quería olvidar. La invité a tomar un café, pero volteó el rostro, luego miró la hora y dijo que tenía una reunión o algo así. En ese instante, cuando miraba las agujas del reloj, su cuello quedó descubierto y mis ojos se perdieron por un segundo en la línea de

sus hombros. Luego me volvió a ver; sus ojos vacíos llenos de asco. Desde ese día no la he vuelto a ver; eso fue hace casi un año.

Creo que de cierta manera siempre supe que me dejaría. Me acuerdo que cuando estaba con su familia me sentía impermanente, algo pasajero. No sé cómo explicarlo. Me trataban bien; me invitaban a la casa, se reían conmigo, pero todo con un aire de que era sólo por un tiempo, como si yo fuera un escalón en la vida de Alejandra, un rostro en una foto que recordarían con una sonrisa irónica. Era una de esas familias con plata que juegan de muy liberales: la mama hace yoga, el tata dice que pinta en el tiempo libre, hasta a veces tratan de que la empleada coma en la mesa con ellos. Todo parece pura vida, pero claro, medio teatro en verdad. Al final todo el mundo sabe de dónde viene. Y eso que yo no era ningún pobrete. Mi tata tenía un taller y con unos carros usados que le mandaba su hermana de Estados para vender aquí, hacía su platica y vivíamos bien. Pero claro, del Country Club al balneario hay más que kilómetros.

Al principio yo ni siquiera sabía que su familia era adinerada. Después de todo ella iba a la Universidad de Costa Rica (que con las conexiones y el dinero del tata pudo haber sido una universidad privada en Estados), viajaba en bus y compraba ropa usada. Pasaron varios meses antes de que me llevara a su casa, y cuando estábamos ahí parecía que a la misma vez se disculpaba y burlaba de todo: de los autos último modelo, de los viajes familiares a Europa, de su hermana mimada, de tener dos empleadas. Más tarde, cuando Alejandra salió de la U trató de no depender de su

papá, quien siempre pagó la mitad del alquiler. Buscó trabajo en organizaciones sin fines de lucro, trabajó de maestra en un par de escuelas públicas y hasta terminó en un puesto en el CONAI por un tiempo. Pero qué va, después de unos meses comenzaban las quejas: que la burocracia, que no podía “verse” trabajando ahí por mucho tiempo, que su jefe la odiaba, que no se podía relacionar con nadie. Pero en el fondo yo sabía que nada de eso era cierto. Estaba acostumbrada a sus cafecitos en Spoon, a salir de vez en cuando a comer con amigas del colegio privado al que había asistido; en fin, a gastar plata que no teníamos. Cuando yo le reclamaba los gastos, se enojaba.

Después de un tiempo sin trabajo, en una cena familiar, el papá le ofreció “un trabajito” en el bufete, temporal, por supuesto. Recuerdo que esa noche me preguntó qué me parecía, podía tomar el trabajo por unos meses, ayudarnos un poco con los gastos. No dije mucho, de por sí sabía que no había ninguna decisión que tomar. Tal vez hice mal. Muchas veces pienso que si ese día hubiera tratado, si le hubiera dicho todo lo que sentía, quizás las cosas hubiesen funcionado. Pero no pude. Cuando la miré a los ojos me sentí cansado, como dormido por dentro. La sensación me recordó una tarde lluviosa en que iba en un bus. Miraba los pequeños trillos que dejaban las gotas sobre la ventana cuando paramos en un semáforo y al lado se estacionó otro bus. Por un instante la mujer detrás de la otra ventana me volvió a ver y nos quedamos así por unos segundos, a menos de un metro de distancia, mirándonos a través de los vidrios empañados antes de que los buses reanudaran su camino. Ya para mediados del 2002, nos habíamos separado.

Después de eso pasé un par de años en los que no estaba muy seguro de qué hacer. El grupo terminó separándose. El baterista y el guitarrista habían tenido hijos y la plata ya no les alcanzaba. Nuestro disco había pegado un poco en la escena local pero en general no se había vendido mucho. Ya no había mucho mercado para el metal y muchos bares dejaron de contratarnos, además de que no podíamos trasladarnos a México o a algún lugar donde quizás tuviéramos mayor posibilidad de mercado. ¿Quién era el que decía eso de “país pequeño, infierno grande?” Bueno, así es el metal en Costa Rica. Tuvimos que parar de tocar. Sólo uno de nosotros siguió con la música: Diego, el guitarrista principal, que terminó tocando *covers* en esos bares donde una cerveza cuesta lo que serían dos o tres en otro lado. Fui una vez a escucharlo y casi me vomito al verlo subido en el escenario tocando canciones de Maná, U2 y de grupos “alternativos” que estaban de moda. Y todos los fresas a su alrededor felices, borrachos y abrazados cantando en coro las canciones. Un día, Diego me dijo que tocáramos juntos, que cantara con él y que nos dividiéramos la plata. Según él, muy amigo, muy incondicional. Desde entonces no hemos vuelto a hablar.

Lo único que cambió poco fue mi trabajo en el *Sportsbook*. Me habían ascendido varias veces y como vivía con mi abuela casi no gastaba. Me parecía difícil creer que alguien me diera tanto dinero al mes por no hacer casi nada. ¿Pero por qué negar el dinero fácil? ¿De por sí qué iba a hacer? Y la verdad es que sin darme cuenta había ahorrado un buen poco de plata. Un día mis ahorros me tomaron por sorpresa. Había

ido al cajero a depositar un cheque y pedí el estado de cuentas. Después, frente al sonido del tráfico, estuve mirando el papelito con los números por casi diez minutos, completamente sorprendido. No sé, como que nunca me había tomado el tiempo de repasar las cuentas, veía los números como desconectados de su valor y de su significado. Los días habían pasado como una bruma. Si pienso en esos años ni siquiera puedo diferenciar las semanas o los meses. Cada día una repetición del anterior, como dice mi abuela: "lo mismo con los mismos". Bueno, aquel día fue diferente. Era casi Navidad y los vientos alisios limpiaban el aire sucio del año. De pie frente al banco tuve la sensación de que existía el tiempo. Era como si antes viviera fuera de mí mismo, como si me viese desde la distancia, un caparazón vacío en el que actuaba el día mecánicamente. Unos días después compré el *Visions of the Beast* y al ver los videos la noche del 31 supe que o traía a Iron Maiden a Chepe o me tragaba la tierra.

Empecé comprando libros. Un poco de todo, pero más que todo de publicidad, administración, mercadeo, relaciones públicas y algo de contabilidad. Los leía en el trabajo y sentado en las bancas del mall en los almuerzos. Aprendí bastante: cómo llevar un estado de cuentas, maneras interesantes y llamativas de presentar un producto o proyecto, cómo desarrollar estrategias efectivas para acumular capital y convencer a inversionistas, ese tipo de cosas. Las lecturas estaban siempre escritas en un tono medio monótono pero nada de lo que aprendía me parecía aburrido, todo lo quería saber, pensaba que cualquier idea nueva me acercaba de alguna manera a mi meta final. Hasta busqué a

varios profesores de la universidad para que me aconsejaran. Uno me propuso que aplicara a la Maestría en Relaciones Públicas o Administración. Cuando le dije que ni siquiera había terminado mi bachillerato, casi se le cae la cara. ¡No sé cómo hice para no morirme de la risa!

Ese mismo profesor después me contactó con un par de empresarios que tenían experiencia en ese tipo de cosas y que de vez en cuando daban clases en la U. Uno de ellos había traído a Sting hacía unos años y el otro ayudó en la organización del concierto de Aerosmith, grupos risibles lo sé, pero fue un comienzo. Los seguí durante incontables tardes, estudié sus relaciones profesionales, escuché sus consejos y sermones en silencio, los ayudé sin pedirles compensación. Me sentía como un antropólogo o un espía, un pasajero que estudia un nuevo paisaje desde la ventana trasera de un carro. Después de un tiempo mis esfuerzos dieron resultado. Gracias a esos contactos, ¿y en este país qué no es contactos?, terminé conociendo a personas involucradas en música más pesada, en traer grupos realmente valiosos, como Kreator y Sepultura, aunque, claro, ambos grupos han decaído, de Kreator nadie se acuerda y sin Max Cavalera, Sepultura nunca ha sido lo mismo. Pero igual, algo es algo y además de esa manera fue que terminé ayudando en lo que considero el primer proyecto importante de mi vida: traer a Anthrax a Costa Rica. Tocaron en Planet Mall, dentro del Mall San Pedro, todo un éxito. Todavía tengo la foto enmarcada en la pared de mi cuarto: yo al lado de Scott Ian sacando la lengua y señalando hacia la cámara con el índice y el meñique de la mano

derecha. La conferencia de prensa salió en el periódico y todo.

Pero aún no estaba satisfecho y en general mi vida continuaba igual. Anthrax es un grupo bueno, pero está claro que no tiene el mismo legado ni renombre de Iron Maiden. Es un hecho que Maiden no tiene igual. Ya nadie hace música así: música compleja, letras que cuentan historias, que están untadas de mitología, de oscuridad y de vida. Mientras que en ese tiempo las estaciones de radio pedían canciones de no más de tres minutos, Maiden grababa óperas como *Rime of the Ancient Mariner* que dura por ahí de los 15. Y es que esos maes no eran ningunos idiotas, ¿no le digo que leían a Coleridge? Además de que *estudiaron* música. En sus canciones se nota un verdadero conocimiento de *conceptos* musicales: escalas, armonías. Ojalá yo hubiera nacido unos diez años antes para haber estado ahí desde el principio, desde que grabaron el *Iron Maiden* original o el *Killers*. ¿Vos sabés lo que debió haber sido Inglaterra en esos años? Ni siquiera pude pegar los tiempos de *Number of the Beast*, *Powerslave* o *Piece of Mind*. Fue hasta el 88, cuando salió *7th Son of a 7th Son* que me hice verdaderamente fanático del grupo. Pero no hay nadie que se sepa esas canciones como yo, cada línea del bajo, cada redoble, cada solo y cada letra. Tenía que traer a Maiden al país, lo sentía como una necesidad visceral, casi como mi responsabilidad ante el mundo, ante las nuevas generaciones que no saben ni siquiera quién es Steve Harris, que crecen vistiéndose como se les diga en MTV. No, no... es que es en serio, mae, no te riás, si hace poco la canción

favorita del país era *Gasolina*. ¡Y esa canción la ponen en un bar y todo el mundo se vuelve loco! ¿En qué momento se fue todo a la mierda tan rápido?

Imaginate entonces el concierto, sería como escupir en la cara de tanta mediocridad. Yo me lo imaginé en el Estadio Nacional, aunque también podría haber sido en el Estadio Saprissa donde cabe más gente, aunque creo que en el Estadio Nacional habría creado más impacto, como más simbólico, ¿no te parece? Lo más difícil fue el comienzo. Nadie quería apoyarme. Hablé con el profe en la U, con los viejos empresarios que había conocido, con todos aquellos con los que había trabajado en el proyecto Anthrax, pero ninguno se mostró muy positivo. Me decían que era poco realista, que no existía el mercado, que no había dinero para traer a un grupo así al país. La verdad, me asombró, pensé que cualquier persona se moriría por una oportunidad así, ¡estamos hablando de Maiden después de todo! Pero es que no hay *visión*, todo son puras excusas. Igual fue con el grupo, simplemente ninguno de ellos tenía fe en su música, no podían ver el futuro, se quedaban siempre atascados en el presente, cualquier problemita y todo el mundo quería darse por vencido. ¡Pero esta vez no me iba a dejar! Y es que lo podía ver tan claro que a veces caminando por la calle o en el bus me daban escalofríos de sólo pensar en el concierto.

El día fue lo más obvio, el 6 de junio del 2006: 666. Me imaginaba el estadio lleno a no dar más, personas de toda Centroamérica, de Suramérica, de todo lado, haciendo fila por horas o días para poder entrar, para asegurar un lugar frente al escenario. Irían todas

las personas del ámbito musical del país, todos los que pensaron el concierto imposible. Hasta me imaginaba a Alejandra en medio de la gente con sus botas viejas y alguna camiseta negra olvidada. Tocarían un par de grupos nacionales primero y después de arreglar el sonido y de hacer las últimas pruebas y revisiones se apagarían las luces y sólo se escucharían los gritos de la audiencia. Luego un solo reflector alumbraría el escenario. Yo saldría y tomaría el micrófono principal. Luego diría un par de cosas sobre mi juventud escuchando a Maiden, algo bien corto por supuesto, y después presentaría al grupo con uno de mis mejores gritos. Se apagarían las luces y el estadio a punto de estallar, las personas como locas, brincando, gritando, con encendedores prendidos. Pensaba que podrían abrir a lo grande, con *The Trooper* o hasta *The Number of the Beast*. Después, continuar aumentando la energía con *Powerslave* y *Flight of Icarus*, seguir con *Wrathchild* y *2 Minutes to Midnight*, bajar el tono con *Infinite Dreams* y luego quizá *Rhyme*, terminando con *Bring your Daughter to the Slaughter*, *Can I Play with Madness*, *The Evil That Men Do*, *Running Free* y *Run to the Hills*. Después, tomarían un descanso y el estadio seguro como loco gritando: “¡Mai-den, Mai-den!” Volverían y tocarían *Aces High*, *From Here to Eternity*, *Phantom of the Opera*, *Murders in the Rue Morgue*, y cerrarían con *Fear of the Dark*, obviamente.

Mis ideas iniciales fueron: empezar a recaudar dinero, establecer contactos con la prensa y patrocinadores, averiguar acerca de los trámites necesarios para asegurar el Estadio Nacional y, a la misma vez, acercarme a los círculos íntimos de Maiden y entablar

algún tipo de comunicación. De esa manera, cuando hablara con el mánager del grupo tendría la fecha, gastos, precios de entradas y, por supuesto, una tasación del dinero que se llevaría el grupo. Pero primero que todo necesitaba un nombre, algo que cobrara vida por sí solo, algo que no hubiera que vender, que crearía el imaginario de un *evento* y no sólo de un concierto, como Woodstock, Lollapalooza o Coachella. Una noche mientras garabateaba algunas ideas para diseños del logo me vino: MaidEnCosta Rica 6/6/6. Ya con eso en mente establecí un sitio de Internet, MaidEnCostaRica.com por supuesto, para el evento. Así los fanáticos tendrían un lugar para formar una comunidad, como un tipo de *forum* donde se podrían generar discusiones, compartir historias del grupo u opiniones de los discos. Yo sabía que no podía solamente contar con los fanáticos nacionales, necesitaba más personas, desarrollar un interés en el istmo y hasta del continente, establecer relaciones mediante una identidad compartida en la música de Maiden. ¿Sabés cómo me sentía? Como Kevin Costner en aquella película terrible, sí, en la que construye una cancha de beisbol y viene gente de todo lado... bueno, algo así.

Dejé mi trabajo en el *Sportsbook* y me dediqué al concierto a tiempo completo. Tenía reuniones todos los días, llamaba a todo el mundo, me presentaba ante negocios y compañías; una loquera, casi ni dormía de tanto organizar horarios, precios y estado de cuentas tan detallados que incluían hasta el número de botellas de agua que se tomarían los del grupo durante el concierto. Además de que diseñé pósteres, boletos, camisas y todo tipo de mercancía. Hablaba con tanta

confianza del concierto y con tanta insistencia que cada vez parecía más viable. Poco a poco empezaron a dar resultado mis esfuerzos. Después de un par de meses las caras de aburrimiento y desinterés empezaron a ser reemplazadas por ofertas y nuevos patrocinadores. De repente me daba cuenta de un sutil brillo en los ojos de presidentes y altos funcionarios cuando hablaba de la publicidad que recibiría su compañía o de los números previstos de ingresos netos. Y es que se sentían los ríos de plata que pasaban por debajo de los pies del país, las compañías extranjeras que se multiplicaban, los residenciales y edificios de apartamentos que parecían salir del suelo como hongos después de la lluvia. Y yo, caminando en todas las direcciones como uno de esos maes que va con una varillita buscando fuentes de agua. En fin, ¿por qué no resultaría posible un concierto de ese calibre? Varias compañías importantes, nacionales y transnacionales, empezaron a respaldarme, invirtieron dinero verdadero y así el proyecto empezó a crecer en serio.

El único problema fue que no había recibido una respuesta del grupo. Me había desvelado no sé cuántas noches buscando cualquier información que me acercara a sus representantes, en especial al mánager Rod Smallwood. Había mandado cientos de correos electrónicos a distintas oficinas, casas disqueras, productores y personas con las que había trabajado el grupo a través de los años. Después de mucho esfuerzo encontré el número de teléfono de Sanctuary Artist Management Ltd. (la agencia de Smallwood). En enero del 2006, finalmente, pude hablar con uno de los asistentes, quien me prometió una respuesta para

final de mes después de pedir mi nombre y algunos pormenores. Todo ese mes estuve obsesionado revisando el correo electrónico 10, 15 veces por día, volteando a ver mi teléfono celular para saber si había mensajes de voz, sin poder dormir pensando que a cualquier hora llegaría una llamada de Europa. Fue a principios de febrero (aún sin escuchar una respuesta definitiva del grupo) que me entrevistaron para *Viva*, la sección de entretenimiento y espectáculos del periódico *La Nación*. Ya para ese entonces los rumores se habían apoderado de los círculos musicales del país: ¿en serio iba a venir Maiden a Costa Rica? Cuando la periodista de *La Nación* me hizo esa pregunta en un café cerca de la universidad sentí que me partía a la mitad. Fue como si estuviera sentado junto a ella, viéndome al otro lado de la mesa mover los labios, sin poder hacer nada. Sentí que todo mi esfuerzo y trabajo —los desvelos, las reuniones, los trámites, el dinero— dependían de mi respuesta a esa única pregunta. Pues me jugué el todo por el todo, como dice mi abuela. Pensé en esa línea de *The Clairvoyant* que dice que hay un tiempo para vivir y otro para morir y escogí: le dije a la periodista que estaba en negociaciones con el mánager y que aunque no habíamos firmado el contrato, era casi seguro que MaidEnCostaRica abriría las puertas del Estadio Nacional al público tico y latinoamericano el 6 de junio de ese año. Era tiempo de que una fiebre de metal se apoderara del país. Y como vos ya sabés, eso fue lo que pasó.

La noticia corrió por todos los medios, hasta salí en Telenoticias. Varias revistas locales me entrevistaron también. En *La Nación* se publicaron opiniones a

favor y en contra del concierto. Inclusive se terminó por entrevistar al arzobispo, quien como representante de la Iglesia se mostraba “escéptico” ante el evento. La página web se volvió tan popular que tuve que emplear a una amiga (Silvia) para darle mantenimiento y actualización. Ella había sido por un tiempo corto mánager de mi grupo, pero tuvo que renunciar para terminar su carrera en relaciones públicas y un posgrado en periodismo. Desde entonces había fundado su propia agencia de publicidad y relaciones públicas y, al parecer, le iba bien. Tengo que darle crédito porque le dio al evento un auge impresionante. Todos los días se publicaban artículos y discusiones en línea del futuro del metal en el país, de lo importante que era el concierto para la música nacional, de crear relaciones ístmicas, de convertir el país en un auge centroamericano de música pesada. Ella sola fomentaba charlas y opiniones, contestaba preguntas acerca del evento, aclaraba rumores y presentaba posibles proyectos. Al parecer tenía buenas conexiones en Centroamérica también, porque empezó a dirigirse a la prensa en otros países y dar el sitio de Internet como fuente de información y un lugar para posibles contactos. También como Costa Rica ya es un país codiciado en el aspecto turístico, pensó en promover compañías de buses, hoteles y hasta restaurantes en la página a cambio de descuentos a todo quien asistiera al concierto. La página tuvo tanto éxito que creó una avalancha de blogs relacionados con el evento, un poco de todo, desde darkangel.com a ticometalcristiano.org. El nombre Maiden se escuchaba en los lugares menos esperados y se volvió un tema común.

Para principios de abril, cuando ya habían entrado las primeras lluvias, el estadio estaba listo, la publicidad perfecta, los números de interés impresionantes, pero no tenía grupo. Cada día los fanáticos preguntaban por el precio de las entradas, la fecha en que estarían disponibles y dónde. Silvia me preguntaba (cada vez con mayores sospechas) cómo iban las negociaciones y si necesitaba ayuda. Yo siempre respondía con evasivas, bromeando que eran asuntos de seguridad nacional, altamente secretos. Pero después de un tiempo —de llamadas no contestadas y correos electrónicos a los que nadie respondía— empecé a preocuparme. Sin embargo, no sé cómo me convencí de seguir adelante, creo que esperaba algún tipo de milagro, convencido de que era posible. De por sí, ¿no existe siempre un momento en que todo gran proyecto debe algo al destino? Cuando se organizó el primer Woodstock, por ejemplo, nadie se imaginaba en lo que se convertiría ese conciertillo en medio de la nada. Además, ¿no fueron las dudas las que habían acabado con mi grupo, que hicieron pensar a las personas en el país que no se podía organizar un concierto como el que yo había organizado? Al mal tiempo, buena cara, como dice mi abuela. Yo sabía que Maiden iba a tocar en el Ozzfest en Estados Unidos por ahí de agosto, entonces pensé que seguramente estarían por este lado del mundo y no sería tanto problema (o costo) venir a Costa Rica también. Además, ya era tiempo de que complacieran a sus fanáticos en Centroamérica, por tanto tiempo olvidados. Me reuní con Silvia, le dije que todo estaba listo y que pusiera un aviso en el sitio diciendo que las entradas estarían a la venta ese lunes: los boletos se

podrían comprar por Internet o en selectos locales con los que ya tenía un convenio. Ese lunes la demanda de entradas fue tan grande que se nos apagó el servidor de Internet por una hora. Además de que las filas de gente en las tiendas le daban la vuelta a la cuadra. ¿Qué te puedo decir? Por un tiempo me sentí millonario. Pero eso no duró mucho.

Mentir tiene un efecto tipo dominó. Uno dice una mentira y las otras van cayendo después, cada vez con mayor rapidez e intensidad. De repente, sin darme cuenta, me vi envuelto en una red de inventos que tenía que mantener a diario. A veces colgaba el teléfono sin poder creer lo que acababa de decir. Los cuentos salían de mi boca con una facilidad chocante. Primero sentía un remordimiento de conciencia terrible, sudaba, en las noches pasaba desvelado. Pero después de unas semanas respondía a cualquier pregunta difícil sin pensarlo dos veces, sin culpabilidad. A puro cuento, abril y mayo pasaron volando. De repente era el 5 de junio, el día antes del concierto. Ese día había organizado una conferencia de prensa en el hotel Marriott y una bienvenida junto al fan club de Maiden en el aeropuerto. Difícil de creer, pero cuando estuvimos todos junto a la malla del Juan Santamaría viendo los aviones aterrizar, esperando con ansias las caras de los muchachos a mi alrededor llenas de ilusión, sentí que podía ser, que tal vez sí iba a tocar Maiden al día siguiente. Cuando uno de los muchachos, vestido con la camiseta de la portada del *Killers* señaló a la distancia y dijo: "Ahí están", pensé que tenía razón. Pero era sólo un vuelo de British Airways nuevo, otra aerolínea más trayendo turistas al país. Muy tonto, además, porque

todos sabíamos que vendrían en su propio avión. Pero bueno, tuve que inventar más historias: que habían tenido problemas con el avión, que la conferencia de prensa sería cancelada pero que el concierto seguía en pie. Y vieras las filas frente al estadio, personas que habían venido desde tan lejos como Concepción, Pittsburgh y Brasilia. Y ni hablar de todos los metaleros ticos y centroamericanos. Había tantas personas que no alcanzaron las entradas. Entonces Silvia tuvo la idea de poner pantallas gigantes afuera del estadio para que nadie fuera excluido del evento. Durante dos días sólo se ponían videos de Maiden: el *Rock in Rio*, el *Monsters of Rock* en Donington, entrevistas con los integrantes del grupo. Nada más lindo que cuando pasé frente al estadio la noche antes del concierto y vi las tiendas de campaña bajo el reflejo de las pantallas. Ni siquiera en ese momento perdí la esperanza.

A pesar de las circunstancias, tengo que admitir que el día del evento las cosas salieron bastante bien. Eso se debe mucho a Silvia, que estuvo encargada de la seguridad y del horario, asegurándose de que todo lo que habíamos planeado se siguiera al pie de la letra. Y así fue. A las seis de la tarde se abrieron las puertas y ya para las 7:30 estaba tocando uno de los grupos nacionales. A las nueve se apagaron las luces y se escuchaban los ecos de la audiencia en todos los rincones del estadio: "Mai-den, Mai-den". Cerca de las diez, la energía del público se notaba cargada de impaciencia. Creo que ese fue el momento más terrible, cuando por fin me di cuenta en qué estaba metido, cuando la más mínima fe que podría haber tenido fue completamente aniquilada. Había jugado, había perdido, y era hora de

entregarse a la derrota. A las diez, se prendió un solo reflector en el escenario y salí a enfrentar el mundo. Después de eso no recuerdo las cosas con exactitud, todo se mezcla en una nube de confusión, odio y dolor. Lo único que puedo agradecer es que aquello no se convirtió en una ola de violencia. Por dicha el público, la ciudad y el estadio salieron ilesos. Ni sé qué dije, te juro que no lo podría repetir. Obviamente muy dolido porque desafortunadamente los representantes de Iron Maiden me informaron de un percance con el avión del grupo y un caso de laringitis que atacó a Dickinson de la noche a la mañana. El evento se tendría que posponer indefinidamente pero todo el dinero sería devuelto. El grupo mandaba sus más sentidas disculpas y esperaba poder volver a Centroamérica en el futuro cercano... algo así.

Tuve suerte de que la verdad no se supiera hasta la mañana siguiente porque no creo que hubiera podido salir de ese estadio con vida... a veces pienso que hasta habría sido mejor. Irónicamente fue *La Nación* la que lo publicó todo, las mismas personas que me habían impulsado a la cima del éxito ahora me sacrificaban ante el pueblo... a los 33 años, además, para todo aquel genio que quiera hacer comparaciones estúpidas. En la portada del periódico salió un fanático de Maiden vestido de negro, cadenas por todo lado, con las manos y los hombros alzados como preguntando: "¿Qué pasó?" Al abrir el periódico, dos artículos enteros con un comunicado de Smallwood. Decía algo así como que Sanctuary Artist Management Ltd. y el grupo Iron Maiden nunca habían estado en negociaciones o en contacto con ningún representante en Costa Rica

o cualquier otro país de Centroamérica. El grupo no descartaba la posibilidad de algún día considerar una propuesta, pero en ese momento no veían esos planes dentro de un futuro cercano. Agradecían la comprensión de sus fanáticos y juraban tomar represalias legales contra cualquier persona o agencia que haya manchado la imagen del grupo y sus asociados.

Por supuesto que después de eso yo ni salía a la calle. Había abogados llamándome todos los días, el teléfono que no paraba de sonar y hasta a la pobre de mi abuela le gritaban cosas desde la acera frente a la casa. Pero, bueno, después de un huracán de cortes, reuniones, habladas de demandas y de tener que devolver el dinero de cada entrada –¿tenés una idea de lo que es eso?–, el único castigo fue que nunca pude conocer a los integrantes del grupo o escucharlos tocar en mi tierra. ¿Y allá en Estados Unidos vos te enteraste de todo este circo? Me lo imaginaba, he visto la página de Internet de La Nación, bastante buena... y bien actualizada también. ¡Qué montón de tiempo ha pasado desde que nos vimos por última vez! Tiene que ser desde que nos graduamos del cole, ¿no?... ¿Ahora? Tuve suerte, Silvia (que ha sido un amor conmigo) me dio un trabajillo en su agencia publicitaria, algo tranquilo, no muy movido, mientras pasa toda esta loquera... ¿Y en serio pensás escribir algo de todo esto?... Bueno, ¿qué más te puedo decir? Como me dijo mi abuela después del supuesto concierto: el que mucho abarca, poco aprieta.